

tomaba matices más sonrosados el ruidoso júbilo de los demás. Ya se había servido el blando y jugoso filete, ya los *vol-au vents* habían lucido en los blancos platos el dorado y henchido vientre, ya el Burdeos había sido vertido en las grandes copas.

—Vamos á beber ahora chato amargoso, — dijo el Gobernador, formando aquel equívoco de mal gusto con la marca *Chateau-Margaux*, que se leía en las botellas. —A vuestra salud, señor Ministro,—añadió, empuñando la copa; —á la vuestra, querido compañero López; á la vuestra, señores Guerrero y Presidente; á la de ustedes, amables jóvenes, y también por mis ausentes gobernados y *gobernadas*, que tanto me han de estar extrañando.

Todos levantaron la copa, sonrieron, hicieron con la cabeza una cortés inclinación, luego dijeron: «A la de usted,» y bebieron; el Gobernador después de beber su gran copa, chasqueó repetidas veces la lengua, y dijo con entonación y gestos de payaso:

— ¡Diantre! ¡pues no está amargoso el chatito!

Todos celebraron el chiste. El Ministro conservaba su compostura habitual, Guerrero su taciturnidad y su mala cara, López sus afectados cumplimientos, el Presidente su inagotable amabilidad, Torres y Robles su impaciencia, pues aun no llegaba el, para ellos, feliz y crítico momento de los brindis.

Iban colocando los mozos delante de cada convidado hemisféricas copitas, que contenían el ponche á la romana, el cual les refrescó oportunamente las sedientas fauces. Serían las tres y media de la tarde, el deslumbrante sol de un día de Mayo penetraba por la ventana

occidental del cenador y caldeaba aquel ambiente, en que flotaban alcohólicos vapores y fragantes emanaciones.

El cerebro de los comensales se excitaba cada vez más: la cálida atmósfera, la luz deslumbradora, los manjares suculentos, las bebidas incitantes, eran otros tantos estímulos del regocijado entusiasmo, que se manifestaba con gestos expresivos, con carcajadas sonoras y con ruidosas frases.

El mismo señor Guerrero dejó arrebatarse su alma pedestre por la bulliciosa corriente que lo circundaba, y como nos sucede á todos, su imaginación, al desplegar las alas, se cernió en las regiones en que más frecuentemente pensaba su dueño. Hombre de negocios al fin, placíase en fantasear concesiones muy lucrativas; líneas de ferrocarriles por aquí, líneas telegráficas por allá, zonas mineras por otra parte, pintábase en su mercenario espíritu, prometiéndole montañas de pesos fuertes, pirámides de onzas de oro y abultados rollos de billetes de banco.

El vibrante retintín de las copas, el metálico son de los cubiertos, parecíanle al rico y codicioso personaje el ruido que producen áureas monedas, chocando unas con otras, al ser guardadas en férreas cajas de ingeniosas y fuertes cerraduras.

De cuando en cuando el General López le hablaba al oído para comunicarle alguna idea brillante; el silencioso personaje movía pausadamente la cabeza en señal de aprobación, ó bien decía á López, en voz baja, algunas palabras que definían mejor el negocio. No tardaba el

hábil General en secretarse con el Ministro para sondear su ánimo, y, codeándose después con Guerrero, ó diciéndole quedo «vamos bien,» le daba á entender que la base de su fortuna se les ensanchaba y el dorado horizonte de sus negocios se les engrandecía.

Fué al fin engullida la blanca, fibrosa y blanda carne del pavo; fuélo también la gruesa y succulenta del *roast-beef*; circuló una salsa de caviar cuyas propiedades afrodisíacas inspiraron algunas bromas de mal género; los mozos comenzaron á servir la trémula y translúcida jaletina, que aprisionaba en su blanda masa, tiernas y sonrosadas fresas; oyéronse como detonaciones sofocadas: era que los mozos destapaban las botellas del Champaña.

Cuando el espumoso líquido fué servido, púsose el General en pie, empuñando la copa respectiva; los demás quisieron hacer lo mismo, mas un gesto suplicante del General López y un signo expresivo de su mano izquierda les indicó que permaneciesen sentados; en cuanto á él, tosió para limpiar el pecho, irguió su cuerpo fornido, y con acompasado y robusto acento y sonora voz, dijo:

—Los *muy honorabilísimos* personajes que me han honrado, aceptando mi humilde invitación, saben ya el motivo de esta reunión. Se trata de *solenizar* la fundación del periódico que, con el nombre de *La Bandera del Progreso*, he establecido, y que espero contribuya á desarrollar las rectas ideas administrativas del Gobierno, que acertadamente nos rige, y á difundir las luces en el *páís*. Tengo, pues, señores (y aquí tosió de nuevo), el honor de ponerlo á vuestros pies, y brindo porque sea de vuestro agrado.

Todos apuraron el efervescente champaña, el General echó mano á la faltriquera y sacó cuatro ejemplares del periódico, los cuales distribuyó entre los personajes invitados. Estos examinaron con curiosidad la nueva publicación, el Ministro, al verse retratado, se ruborizó y dió al General las gracias por la galantería; pasadas las fórmulas de cumplimento, que en tales casos se estilan, dijo López que los jóvenes que estaban presentes, y cuyo talento encomió, eran los redactores; los aludidos hicieron una cortesía y parecieron ruborizarse.

López siguió hablando; dijo que le había parecido oportuno acompañar el retrato de Su Excelencia, el señor Ministro, con la biografía del mismo alto personaje; pues era justo que el *páís* fuera conociendo á sus grandes hombres; que si los oyentes lo permitían, y el señor Ministro no se mortificaba, suplicaría al muy inteligente joven Robles, autor de la biografía, diese lectura á tan verídica y selecta pieza literaria.

Los oyentes dijeron que con muchísimo gusto, el señor Ministro se ruborizó, dijo que él nada valía, ni merecía, que no había hecho más que cumplir con su deber, y otras cosas por el estilo; pero fué tanto lo que se empeñaron los demás, que fué vencida la modestia de Su Excelencia.

El Changuito reventaba de satisfacción; por fin iba á lucirse. Se puso en pie, desdobló el periódico, y, con tono enfático y declamatorio, leyó aquella biografía, verdadero diluvio de frases lisonjeras y conceptos adula-dores.

Mientras duró la lectura mostraron todos la mayor

atención, de vez en cuando aprobaban con la cabeza y hacían señales de querer aplaudir. El Ministro, como si se sintiera abrumado por tanta bondad, había apoyado los codos en la mesa y ocultaba en las manos el mortificado rostro.

Una furiosa tempestad de frenéticos aplausos estalló al terminar la lectura, todos convinieron en que no se había dicho más que la verdad, en que la biografía aun era parca en elogios, pues merecía *muchísimos más* el ameritadísimo personaje, que, en aquellos momentos, les hacía la alta honra de presidirlos.

El Ministro, lleno de mortificación, se obstinaba en decir que él no era nada, que él no valía nada, que él no había hecho más que cumplir con su deber, que lo que se había leído no probaba más que la bondad de sus buenos amigos, que estaba muy agradecido por la distinción que el General López le hacía, que también agradecía mucho al joven inteligente que se había ocupado en escribir su modesta vida.

El joven inteligente no quiso desperdiciar la bella ocasión que se le brindaba de dirigir más piropos al Ministro, conviniéndole también mucho lucir sus dotes oratorias y hacer alarde de instrucción.

Dijo, pues, entre sonoros ditirambos, rimbombantes frases y engalanadísimos períodos, que él hubiera querido ser un Plutarco ó un Nepote, para escribir dignamente la vida del señor Ministro, digna de figurar entre las vidas paralelas del historiador primero citado; para biografiar convenientemente á un personaje á quien Cornelio Nepote, en detrimento de los Milcíades, Temis-

tocles y Epaminondas, hubiera dedicado muchas páginas de su obra: *De viris illustribus*; que el señor Ministro tenía, como podían atestiguarlo todos los presentes (los presentes dijeron «sí» con la cabeza), cualidades comparables á las de los Richelieu y Colbert de Francia, á las de los Ensenada y Aranda de España; á las de los Pombal del lusitano reino, á las de los Pitt de Inglaterra, y á las de los Metternich, con que tanto se infatuó el Austria á principios de la presente centuria.

Indescriptible fué el efecto producido por la pedantesca y aduladora alocución del Changuito; los oyentes batían las palmas con furor, golpeaban la mesa con los mangos de los cuchillos, ó herían las cristalinas copas con las aceradas láminas, ó pateaban con verdadero frenesí; el Ministro daba las gracias lleno de rubor, y más turbado que una señorita, que se ve cortejada por apretado corrillo de galanteadores.

Aquel incidente había distraído á los comensales, impidiéndoles hacer honor al *Rocher de glace* y á los *Gateaux et fruits assortis*, que los mozos habían ido colocando delante de cada uno.

Pusiéronse pronto al corriente, mas sin dar treguas por ello á su ruidoso entusiasmo; hablaban todos á la vez, el Gobernador soltaba á cada momento alguna de sus ásperas bromas, que no perdonaban ni al Ministro. Sólo Pacotillas no había tomado parte ni en el coro adulador, ni en la vocinglería ruidosa.

De repente, el vibrante repiqueteo, producido por el golpe rápido y repetido de un cuchillo sobre una copa, acalló la algazara de los convidados. Era Torres, que

quiso aprovechar aquellos momentos de general entusiasmo para decir algo también.

Pidió permiso al señor Ministro, al señor Gobernador, al señor General López, y, en fin, á todos los personajes, para dirigir él también el sencillo tributo de su admiración á los próceres allí reunidos. Fuéle dada la solicitada venia, y el gacetillero espetó, con tribunicio acento, gestos descomunales y ademanes de energúmeno, un discurso pomposísimo, en que puso por las nubes al Ministro, al Gobernador y al General López, acabando por decir que aquellos tres personajes, por cuya felicidad brindaba, constituían la augusta trinidad del porvenir y de la patria.

El bullicio, suspendido un momento por el hinchado brindis del gacetillero, hizo de nuevo explosión; oyéronse risotadas y exclamaciones, que se mezclaron con el chocar de los platos y el retintín de las copas. El Ministro manifestó deseo de hablar, cesaron en el acto todos los rumores y reinó sepulcral silencio donde antes imperaba estrepitosa batahola; hasta los mozos suspendieron sus tareas, deteniéndose á escuchar con recogimiento.

Todos se pusieron en pie, cada cual tenía en la mano derecha la ancha copa champañera, llena hasta los bordes. El prócer, de pie y provisto de copa como los demás, apoyaba en la mesa los nudillos de la mano izquierda.

Cerca de dos minutos permaneció sin decir palabra, como si meditase profundamente lo que iba á decir; después habló con pausadísimo acento, pronunciando las palabras muy lentamente, casi en secreto, é interrumpiendo

piendo el discurso con intervalos de silencio, en los cuales contraía las facciones y parecía escuchar alguna voz interior.

Dijo que se congratulaba de haber asistido á aquella reunión, en la que había experimentado impresiones tan satisfactorias como placenteras; que aunque no merecía los conceptos en su honor vertidos, agradecíalos mucho; que él era entusiasta partidario de la prensa y su admirador ferviente; que la reputaba cuarto poder del Estado, que de joven fué periodista, y que en el más humilde gacetillero veía un Ministro posible, como Napoleón el Grande creía ver el bastón de Mariscal en la mochila de cada uno de sus soldados; que la prensa, cuando no cede á intereses mezquinos, ni es el órgano de pasiones desbordadas, debe ser para los gobernantes una especie de ninfa Egeria; y después de decir otras cosas por el estilo, concluyó, brindando por los presentes, agregando que tenía á mucha honra ser amigo de todos ellos.

Calló el oráculo político, después de haber hablado con desapacible y fastidioso tono un cuarto de hora largo. Apenas terminó, volvió á desbordarse el contenido torrente de ensordecedores aplausos, de ruidosas palmadas, de repiques de copas, de hurras y de bravos. Todas las manifestaciones estrepitosas de la aprobación hinchieron por más de tres minutos el reducido kiosco; vinieron después los plácemes en lo particular: el General López estrechó entre sus brazos al Ministro, diciéndole «muy bien,» cuatro veces, acentuando más la frase en cada vez; el Gobernador, hombre fornido y amigo de lucir sus fuerzas, le levantó en peso como si fuera un muñeco;

hasta el Chango y Torres le abrazaron, y Pacotillas, por no hacer un desaire manifiesto, se vió obligado á estrecharle la mano.

— Si ustedes lo tienen á bien, señores, — dijo el anfitrión, — tomaremos el café en el boliche.

— Usted manda aquí, — dijo el Ministro.

— Aquí y en todas partes obedezco á usted.

— Gracias.

Dirigiéronse al boliche; López y el Ministro pasaron los primeros cogidos del brazo, siguieron los demás.

El alto personaje dijo á su acompañante que le habían parecido muy simpáticos los jóvenes Robles y Torres, que los creía de porvenir y que le parecía bueno ayudarles; en cuanto al otro, aunque le creía de más talento que sus compañeros, le disgustaba por insociable y mal criado, ese no serviría de nada, y extrañaba que formara parte de la redacción.

El General convino en todo, agregando que en la primera ocasión se desharía de aquel muchacho soberbio é intratable.

Lo que quedaba de la tarde duró el juego de bolos, el General López ganó bastante; aunque se dejó ganar por el Ministro, para que éste no conservara mala impresión del banquete, se embolsó una ganancia líquida de seiscientos pesos.

A Guerrero, al Presidente y al Gobernador los desplumó sin compasión. Nada perdía en hacerlo con el Gobernador, que era garboso y fanfarrón, que jugaba para tirar el dinero y á quien daba lo mismo perder que ganar.

El General aprovechó muy bien el tiempo, obtuvo del

Ministro cuanto quiso, y dejó preparado el ánimo del potentado á nuevas concesiones; el feo semblante de López resplandecía de júbilo. Cuando á las seis de la tarde brillaba el Tívoli, dorado por los amarillos fulgores del sol que iba á ponerse, comparaba el General aquel jardín con un Pactolo desbordado, en que él nadaba como agilísimo pez. Frotóse las manos con satisfacción, recordó las concesiones alcanzadas, palpó la cartera henchida de billetes de banco, y murmuró:

— ¡Gran día! Todos han comido y yo lo he aprovechado.

CAPÍTULO XII

Una noche agitada

Sobre el buró brillaba, esparciendo amarillenta luz, una vela próxima á acabarse; en torno de la vívida llama revoloteaba con tenacidad un alado insectillo, de esos que el lenguaje usual llama tan poéticamente palomitas de la vela. Reinaba en la alcoba un silencio completo, sólo interrumpido por la tranquila, suave y apacible respiración de una persona que dormía.

De pronto rasgó los aires el metálico son de cuatro campanadas, seguidas, tras breve silencio, de otras dos más graves. Era el reloj de Catedral que daba las dos de la mañana; la misma hora fué sonada, momentos después, por el reloj de Palacio; oyóse luego el vibrante y prolongado silbido del pito de los gendarmes.